

Estudios culturales y educación: posibilidades, urgencias y limitaciones.

Restrepo, Eduardo.

Cita:

Restrepo, Eduardo (2011). *Estudios culturales y educación: posibilidades, urgencias y limitaciones*. Revista de investigaciones UNAD Bogotá, 10 (1), 9-21.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eduardo.restrepo/71>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph6y/uX7>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Estudios culturales y educación: Posibilidades, urgencias y limitaciones¹

Eduardo Restrepo²

“Todos escribimos y hablamos desde un lugar y un momento determinados, desde una historia y una cultura específicas. Lo que decimos siempre está “en contexto”, posicionado [...] todo discurso está “situado”, y que el corazón tiene sus razones”

Stuart Hall ([1990] 2010: 349).

En diferentes sitios de América Latina, los estudios culturales tienden a generar múltiples desconciertos. En algunos lugares la relación predominante con los estudios culturales es una de mucho escozor y tensión porque se les asocia y se les atribuye las más diversas ligerezas, cuando no la simple expresión de una moda intelectual importada. En otros, se les abraza cual si fuesen panacea. Hay muchos miedos e imaginarios respecto a los estudios culturales, pero también un montón de seducciones y embrujos.

Los estudios culturales no son nombrados ni se los hace con las mismas implicaciones en los diferentes países. En Argentina, por ejemplo, es una etiqueta que no está institucionalizada y con la cual parece que pocos se sienten cómodos. En Colombia el asunto es distinto; sólo en Bogotá, en los últimos años se han creado maestrías de estudios culturales en tres de las más visibles universidades del país: la Nacional, la Javeriana y la de Los Andes, respectivamente. Otros programas de maestría o doctorado, en éstas u otras universidades, apelan al nombre de estudios culturales para nominar

1 Ponencia presentada en el 4o Seminário Brasileiro de Estudos Culturais e Educação y al 1o Seminário Internacional de Estudos Culturais e Educação (ULBRA-Canoas/RS). Puerto Alegre, Brasil. 25 de mayo de 2011. Agradezco los clarificadores comentarios de Constanza Mendoza de la Universidad Pedagógica de Colombia sobre la relación entre estudios culturales y educación. He utilizado muchas de sus planteamientos, aunque los problemas de interpretación son de toda mi responsabilidad.

2 Profesor Asociado, del Departamento de Estudios Culturales Universidad Javeriana, Bogotá Colombia.

cursos, líneas de investigación o posibles temáticas de trabajo. En congresos, publicaciones y presentaciones de las distintas ciencias sociales y humanidades aparece, cada vez con mayor frecuencia, el amenazante o seductor espectro de los estudios culturales.

Así, en Colombia la institucionalización de los estudios culturales no es una posibilidad a ser discutida, sino que es un hecho establecido. Independiente de que nos guste o no, los programas de maestría ya están funcionando y la etiqueta interpela cada vez más las subjetividades y discursos que circulan en el establecimiento académico. Dada la institucionalización mencionada y las subjetividades en juego, en el caso de Colombia no estaríamos tanto en el momento de definir si la etiqueta sería relevante o no, como en el de disputar su contenido. Qué tipo de estudios culturales son los que vamos a construir y cuáles los proyectos intelectuales y políticos que vamos a establecer asociados con los estudios culturales, son las interrogantes que se abren en nuestro caso.

Para los propósitos de esta ponencia no sólo voy a plantear los criterios y características que definirían unos estudios culturales relevantes en el contexto colombiano, sino que intentaré hacerlo pensando en las posibilidades, urgencias y limitaciones de esos estudios culturales con los estudios críticos de la educación.

Posibilidades

Existe una tendencia a equiparar los estudios culturales con estudios sobre la cultura. Esta equiparación es una confusión bastante extendida, incluso entre algunos de quienes se dicen sus practicantes. Para comprender la especificidad del proyecto intelectual y político de los estudios culturales es fundamental establecer una distinción entre los estudios culturales y los estudios sobre la cultura. No es suficiente con estudiar la cultura o lo cultural para hacer estudios culturales. Aunque de cierta manera los estudios culturales ‘estudian’ la cultura o lo cultural esto no significa que cualquier estudio sobre la cultura o lo cultural puede ser *adecuadamente* considerado como estudios culturales.

Asumir que cualquier estudio de la cultura es automáticamente estudios culturales sería subordinar a los estudios culturales una serie de tradiciones disciplinarias o campos interdisciplinarios que tienden a tener su especificidad y genealogías diferenciables. Por ejemplo, no podemos desconocer el enorme y muchas veces valioso trabajo adelantado desde la antropología cultural, la sociología de la cultura, la crítica cultural o la historia cultural afirmando que todos esos abordajes sobre la cultura o lo cultural tendrían que ser englobados felizmente por los estudios culturales. Los estudios culturales son mucho menos, pero también algo distinto.

Los estudios culturales se diferenciarían de los estudios sobre la cultura por la combinación de una serie de rasgos o características que los configurarían como un

proyecto intelectual y político muy particular. El primer rasgo se refiere a la forma cómo los estudios culturales entienden la categoría misma de cultura. Para los estudios culturales la cultura se entiende en su relación mutuamente constitutiva con el poder, de ahí que hablen de la cultura-como-poder, pero también del poder-como-cultural.

Para elaborar este punto es útil partir de la distinción de tres tipos de definiciones de la cultura que hace Nelly Richard (2001). La definición antropológica, subraya Richard, es aquella que considera a la cultura como modo o forma de vida. Siguiendo a Bourdieu y la sociología de la cultura, Richard considera que hay una segunda definición que supone lo cultural como un campo de relaciones sociales institucionalizadas con su especificidad y cierta autonomía. Finalmente, la definición que Richard asocia con los estudios culturales (en la tradición Gramsci-Williams-Hall) es aquella que introduce en la concepción misma de lo cultural la problemática del poder y la hegemonía.

Independientemente de que estemos de acuerdo o no con estas distinciones, lo que me interesa subrayar aquí para la cartografía de los estudios culturales es que la palabra de cultura ha encerrado muchos conceptos distintos (y hasta antagónicos) no sólo entre los diversos campos disciplinarios y transdisciplinarios, sino al interior de los mismos. Para referir brevemente a la antropología, no es lo mismo la categoría de cultura que propuso Tylor a finales del siglo XIX como la totalidad de prácticas, costumbres, creencias, tecnologías, etc... de la que planteaba Clifford Geertz en los años sesenta de la cultura como una telaraña de significados en las cuales los seres humanos estamos suspendidos.

Cuando se habla de *cultura* en estudios culturales necesariamente nos referimos a la cultura-como-poder y al poder-como-cultural. Y aunque no se puede sugerir que *únicamente* los estudios culturales operan desde una categoría de cultura de esta naturaleza, sí se puede afirmar que no es concebible la existencia de unos estudios culturales que no operen en el amplio marco abierto por esta categoría.

Estrechamente ligado a esta conceptualización de la cultura se puede indicar otro rasgo o criterio de distinción de los estudios culturales. Es común escuchar el planteamiento de que los estudios culturales no son una disciplina, sino que son un campo interdisciplinario o, mejor aún, transdisciplinario (para algunos, incluso, son no disciplinarios o indisciplinados).³

Cuando Stuart Hall (2007), por ejemplo, se refiere a los estudios culturales como un campo interdisciplinario estaba pensando no en la desaparición de las disciplinas, ni que los estudios culturales eran una suerte de superación de éstas (como arrogantemente algunos practicantes de estudios culturales lo predicán), sino que para entender los complejos amarres de lo cultural y el poder en lo

3 Ver, por ejemplo, el volumen editado por Catherine Walsh, Freya Schiwy y Castro-Gómez (2002).

concreto se requería de una labor intelectual no reduccionista. Los estudios culturales se constituyen como un pensamiento no reduccionista.

El reduccionismo consiste en reducir a una variable o aspecto analítico (lo económico, lo social, lo cultural o lo discursivo) las ‘explicaciones’ ofrecidas.

El economicismo es un buen ejemplo del reduccionismo: de antemano el investigador sabe que la causa que explica todo es la economía. Lo mismo pasa con el sociologicismo, el historicismo, el culturalismo o el discursivismo: se sabe que son las relaciones sociales, la Historia (así con mayúscula), lo cultural o el discurso respectivamente lo que determina y explica.

Cuando se opera desde un reduccionismo como el culturalismo (en el cual han caído muchos antropólogos), no sólo todos los otros aspectos o niveles analíticos de la vida social que no son considerados cultura se explican en términos culturales, sino que la misma cultura es explicada culturalmente. Por eso se puede afirmar que el reduccionismo es un pensamiento *con garantías*: siempre sabe cuál es la respuesta (así sea bajo piruetas como las de ‘en última instancia’), y las investigaciones empíricamente orientadas no tienen otra función que la demostrar lo que ya se sabía de antemano.

En un abierto contraste con el reduccionismo, Hall ([1992] 2010) considera que los estudios culturales son no reduccionistas. No asumen de antemano explicaciones unidimensionales ni las reducen a una variable o aspecto universalizado como garante último de un sistema teórico totalitarista. Los estudios culturales han reaccionado al economicismo e historicismo presente en las versiones del marxismo vulgar, pero también han reaccionado al culturalismo de las versiones de la antropología más convencional o al textualismo de las versiones postmodernas y banales de la teoría social contemporánea.

De la misma manera, la investigación no es entendida como la simple corroboración de angelicales formulaciones teóricas definidas de antemano, sino como la ardua y honesta labor de comprender la especificidad y densidad de lo concreto en un ejercicio que implica una necesaria conceptualización que no evita poner en cuestión los postulados teóricos desde los que se opera. Por tanto, siguiendo la feliz formulación de Stuart Hall (2010), los estudios culturales se constituyen en un pensamiento *sin garantías*.

En los estudios culturales la interdisciplinariedad nace como un esfuerzo intelectual para ir más allá del reduccionismo que tiende a ser sentido común disciplinario. Hay que hacer ‘mejor’ sociología de la que suelen hacer los sociólogos o ‘mejor’ antropología de la que tienden a producir los antropólogos... y así sucesivamente. ‘Mejor’ en el sentido de esforzarse por comprender lo que estos practicantes de las disciplinas hacen desde preguntas y asumiendo riesgos que son pertinentes a los estudios culturales. No es la arrogancia cómoda de predicar (usualmente desde una escandalosa ignorancia) que estas disciplinas están ‘superadas’ o ‘mandadas a

recoger'. Es la invitación a rearticular creativa y críticamente aquellos aspectos conceptuales o metodológicos de orígenes disciplinarios múltiples (o incluso de campos transdisciplinarios o no disciplinarios como la teoría feminista) en función de las preguntas y en el estilo propio de los estudios culturales.

La razón por la cual los estudios culturales constituyen un pensamiento sin garantías no es simplemente porque de esta forma se puede producir conocimiento más adecuado sobre el mundo de la vida social (en el sentido de interpretaciones más ajustadas a la compleja densidad de lo concreto), sino fundamentalmente porque los estudios culturales han sido desde siempre pensados como un proyecto con una abierta *voluntad política*. Al respecto, suele citarse la once tesis sobre Feuerbach de Marx de que refiere cómo los filósofos han interpretado de diferentes maneras el mundo, lo que importa sin embargo es transformarlo. Los estudios culturales pretenden transformar el mundo (claro que de formas muy distintas a cómo la izquierda ortodoxa lo ha concebido) y consideran que el conocimiento y la teoría son herramientas e importantes terrenos de disputa para lograrlo. Una inadecuada interpretación del mundo, suele conducir a una errática política; aunque, hay que decirlo, una más adecuada interpretación *no* es tampoco garantía del éxito en la intervención política.

Obviamente, los estudios culturales no son el único campo que encuentra su propósito en la intervención política y que, por tanto, cuestiona el caro principio de las diversas vertientes del pensamiento positivista y cientificista de que los hechos y los valores, el conocimiento y la política (o la ética), el objeto y el sujeto, el mundo y la palabra, son ontológicamente independientes. Pero no son imaginables unos estudios culturales que abracen modalidades de positivismo o que se conciban como unos simples productores de conocimiento desconectado de su *para qué*, de las dimensiones políticas y éticas (y esto no como posterioridad o exterioridad, sino como immanentes y su razón de ser).

Es por esto que los estudios culturales *nunca son sólo estudios*, siempre son algo más. Es por esto que no se circunscriben a la academia. No es un conocimiento-florero, un conocimiento ostentoso, lo que buscan producir los estudios culturales. Lo que no significa, sin embargo, que los estudios culturales sean anti-académicos o anti-teóricos. No son un llamado a abandonarle a la derecha (o a los positivistas) la academia y la teoría desde la falsa premisa populista que el 'verdadero conocimiento' está en otro lado o del ingenuo supuesto de que el ciego activismo ofrecerá todas las respuestas relevantes. La academia y la teoría importan si, como consideran los practicantes de los estudios culturales, una mejor comprensión del mundo y la labor intelectual tienen su lugar en la transformación del mundo. Ahora bien esta reivindicación de la labor intelectual no significa que en los estudios culturales se fetichice la academia o la teoría en nombre de una supuesta superioridad epistemológica absoluta (propias del pensamiento eurocéntrico). Una teorización de lo político y una politización de

lo teórico (Grossberg 2009), he ahí una formulación que atrapa ese otro rasgo infaltable en los estudios culturales: la voluntad política.

Por todo lo argumentado, la más adecuada manera de concebir la especificidad de los estudios culturales es con la noción de contextualismo radical (Grossberg 2010). Varios son los planos donde operaría el contextualismo radical. En el epistemológico, el contextualismo radical que definiría los estudios culturales consiste en lo que ya se refirió como un pensamiento sin garantías. Este pensamiento se funda en la noción de articulación, es decir, que las cosas del mundo (prácticas, entidades, ideas, etc.) son resultado de la relaciones que las constituyen. Pero estas relaciones son históricamente contingentes y situadas. El conjunto de articulaciones significativas para comprender la especificidad de una cosa en el mundo es la manera en que se define el contexto. El contexto no es el telón de fondo, el escenario donde algo sucede, sino sus condiciones de existencia y de transformación.

En el plano teórico, el contextualismo radical de los estudios culturales refiere a que estos no son definidos por la utilización de una teoría de la cultura o del poder específica, ni por la citación de unos autores concretos (citar a Stuart Hall no garantiza que estemos en el terreno de los estudios culturales), sino que la teorización es un acto mundanal derivado las investigaciones concretas y empíricamente orientadas que establecen un constante forcejeo e interrupción de los insumos teóricos con los que se cuenta. La fluidez en angelicales formulaciones teóricas con su concomitante violencia teórica (el mundo no existe sino como ilustración o corroboración de las teorías armadas de antemano), es lo opuesto del contextualismo radical en el plano teórico.

En el plano metodológico, es el pluralismo metodológico (o si se quiere un eclecticismo estratégico y sin disculpas) lo que guía el contextualismo radical en los estudios culturales. Esto se traduce en el principio de que las metodologías y las técnicas de investigación son herramientas que hay que utilizar en función de las preguntas y competencias, sin descartar alguna por simple puritos o desautorizaciones disciplinares. Es cuestionar esos límites metodológicos y de las técnicas de investigación que suelen constreñir a los practicantes de las disciplinas: un antropólogo hace etnografía, siendo una cuasi herejía no hacerla; o un historiador se define en su autoridad y posibilidad de enunciación en su labor de archivo... En tanto eclecticismo estratégico, los estudios culturales se darían licencias e introducirían irreverencias que difícilmente son posibles desde las posiciones y tradiciones disciplinarias.

En el plano político, los estudios culturales son un contextualismo radical en tanto no asumen que una práctica, una concepción o un sujeto tienen el mismo significado político por fuera del contexto que los constituye. Lo que puede operar como progresista en una situación determinada, puede ser profundamente reaccionario en otra. Una práctica emancipadora en un contexto, puede devenir

en sujetadora en otro (o, más sugerente aún, puede ser sujetadora precisamente por su carácter emancipador). En suma, el contextualismo radical en el plano de lo político no es una apelación al nihilismo, sino algo tan sencillo y complejo a la vez de que el significado político de algo no está dado independientemente del contexto donde existe.

Finalmente, en el plano del proyecto de los estudios culturales también aplica lo del contextualismo radical en el sentido de que en su existencia están profundamente situados, es decir, no pueden ni pretenden ser idénticos en todas partes y momentos sino más que adquirir una especificidad dependiendo de los contextos, no pueden dejar de ser un auténtico producto de los mismos.

En suma, hay que distinguir entre estudios culturales y estudios sobre la cultura porque los estudios culturales constituyen un proyecto intelectual y político que: 1) concibe la cultura-como-poder y el poder-como-cultural; 2) suponen un enfoque no reduccionista que se expresa en una actitud transdisciplinaria; 3) implican una vocación política que busca intervenir sobre el mundo; y 4) su encuadre es el contextualismo radical (con respecto a su forma de teorización, a las metodologías utilizadas, a su conceptualización de la política y su propio proyecto).

El planteamiento de que existe un proyecto intelectual y político compartido que establecería una especificidad de los estudios culturales no significa que se considere que los estudios culturales son todos iguales. A contrario, los estudios culturales deben ser pensados como un terreno de divergencias y tensiones. Pero lo que podríamos llamar la heterogeneidad constitutiva de los estudios culturales, no significa que entonces no existan ciertos referentes básicos compartidos que hacen que no cualquier cosa quepa dentro de los estudios culturales.

En este punto se podrían establecer algunas confluencias entre el proyecto intelectual y político descrito de los estudios culturales y los estudios críticos de la educación. Para empezar, pudiera argumentarse que los estudios críticos de la educación también se diferenciarían de los estudios sobre la educación a partir de una serie de criterios como una clara voluntad política que se materializaría en el propósito de la comprensión de la praxis educativa en un sentido amplio (es decir, no restringido a la escuela) para contribuir en la transformación social. Gran parte del enorme trabajo acumulado sobre educación popular y pedagogía crítica encajarían precisamente en ese proyecto intelectual y político de los estudios críticos de la educación.

Otro aspecto donde se vislumbran ciertas confluencias es la de pensar la práctica pedagógica como un hecho a la vez cultural y político, por lo que nos encontraríamos en el terreno de la cultura-como-poder y el poder-como-cultural. Dos son los aspectos más evidentes en los que esta confluencia puede ser pensada. Por un lado, la educación requiere ser concebida como un proceso, experiencia, institución que atañe directamente a la cultura-como-poder y el poder-como-

cultural en tanto se reproducen-reelaboran-resisten modelos de sujeto y sociedad. Esto también es válido para abordar las concepciones mucho más amplias de las prácticas y procesos pedagógicos como han sido elaboradas desde la educación popular por ejemplo. Por el otro, es relevante este enfoque si consideramos que los educadores serían “trabajadores de la cultura” y en tal sentido “sujetos políticos” en el sentido amplio, situación que no siempre se reconoce en la práctica cotidiana.

Urgencias y limitaciones

Tal como han sido presentados, los estudios culturales suponen un proyecto crítico que es urgente en el contexto colombiano. Es urgente en el plano del establecimiento académico porque cada vez más se consolida una tendencia hacia la elitización profesionalizante de las ciencias sociales en el país en nombre de unas políticas de ciencia y tecnología que apelan a las narrativas de la internacionalización y de la calidad.

Internacionalización es una noción que, al menos en Colombia, circula con frecuencia en el ámbito universitario y en las políticas de ciencia y tecnología agenciadas por la entidad gubernamental (Colciencias) para referirse a una deseada e inevitable articulación de la ‘comunidad académica nacional’ con la global. Deseada articulación porque supone una suerte de ‘elevación’ de la calidad de la ciencia y tecnologías del país a unos ‘niveles superiores’ que se asumen son los que existen en el ‘escenario internacional’. Esta ‘elevación’ se considera consecuencia de una mayor exposición y visibilidad de la ciencia y tecnología producida en el país a los estándares de la ‘comunidad internacional’. Por tanto, las narrativas de la internacionalización de la ciencia y tecnología en el país propugnan por una ‘desprovincialización’ en aras de una ‘cosmopolitanización’ de la labor científica y tecnológica.

También se asume la internacionalización como inevitable porque se la considera como un aspecto de la ineludible globalización a la que el país se enfrenta. Desde esta perspectiva, ante el avance de la globalización no hay otra alternativa que la de articularse ‘eficientemente’ a la ‘comunidad global’. Entendida de esta manera, la internacionalización se asocia fácilmente a las predicas celebratorias de la globalización. Estas predicas constituyen, desde una aparente neutralidad, narrativas teleológicas que presentan como necesario lo que es contingente e histórico obliterando otros principios de inteligibilidad del presente.⁴

Ahora bien, esto no es simplemente una inocua narrativa que embruja la imaginación de la burocracia de la ciencia y la tecnología sino que en nombre de la internacionalización así concebida se adelanta una agresiva política de normalización de las subjetividades y prácticas académicas en el país. La

4 De ahí que el antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot (2003) denomine a este tipo de narrativas como globalototitarismo y argumente la necesidad de desnaturalizarlas estudiándolas etnográficamente e historizando sus imaginarios.

producción y circulación del conocimiento académico han sido objeto de toda una gubernamentalización que esencialmente las reduce a una serie de indicadores y dispositivos de captura. Indicadores de ciencia y tecnología, indexaciones de las revistas, formalización de grupos de investigación y fijación de la producción de los individuos en hojas de vida estandarizadas son algunas de las intervenciones más obvias que desde la entidad gubernamental (Colciencias) se adelantan cada vez con mayor ímpetu. El malestar existente entre algunos académicos (sobre todo pertenecientes a las ciencias sociales y humanas) sobre los criterios y procedimientos de estas políticas de normalización no se ha consolidado en un movimiento de crítica visible y consistente; en gran parte porque dependen de instituciones (universidades, institutos, Ongs) que se han plegado sin mayor examen a estas políticas.

Estas políticas de ciencia y tecnología han ido ganando terreno articulándose con otras tendencias para ir academizando y profesionalizando (en el sentido de las estandarizaciones y normalizaciones indicadas) las universidades y otros centros de producción de conocimiento. En el transcurso de veinte años, se han ido transformando los términos y las condiciones de la labor académica. Hoy predomina la lógica de la hoja de vida de los individuos y las instituciones en las que importan más el número y el lugar de las publicaciones realizadas que lo que realmente esto puede significar social o políticamente, importan más el número y el lugar de obtención de maestrías y doctorados que las cualidades de los 'doctores' para articularse con procesos relevantes políticamente. Hoy contamos cada vez más con una elite de doctores que investigan y publican febrilmente para posicionar sus carreras académicas.

La urgencia de unos estudios culturales que supongan el proyecto crítico descrito en la primera parte de este texto, radica en su potencial irreverente y desestabilizador en el corazón mismo de la paulatina sedimentación de un establecimiento académico elitista profundamente academizada y profesionalizada. Se requiere urgentemente de constituir a los estudios culturales como un terreno estratégico dentro del establecimiento académico colombiano para problematizar la elitización de las ciencias sociales en el país. Ahora bien, esto no es tan sencillo ya que una de las más graves limitaciones en el proyecto crítico de los estudios culturales y sus posibles articulaciones con el campo de la educación radica en que en la actual institucionalización se impongan concepciones academizadas y banalizadas que reduzcan la voluntad política de los estudios culturales a un acercamiento textualista. El riesgo es que con su creciente institucionalización los estudios culturales pasen a significar estudios sobre la cultura donde su vocación política se circunscriba, en el mejor de los escenarios, a un examen de relaciones de poder considerando que en eso consiste su intervención.

Los estudios culturales tienen un lugar privilegiado para adelantar esta crítica porque son institucionalizados en universidades de elite como consecuencia de mismas las políticas de ciencia y tecnología que habría que cuestionar. En el

imaginario de la burocracia académica y de amplios sectores de académicos, los estudios culturales han sido celebrados porque supuestamente representan un campo interdisciplinar de punta y ampliamente exitoso en el establecimiento estadounidense que es su paradigma. Dado el fuerte colonialismo intelectual (Fals Borda 1987) con el que operan en Colombia las narrativas de la internacionalización, de la calidad y de la ciencia, el lugar de los estudios culturales es uno que podría incomodar más esos discursos y prácticas que explican su propia institucionalización.

Aquí se derivan una serie de confluencias entre el campo de los estudios culturales y el de la educación. Por un lado, habrían toda una serie de herramientas y estrategias derivadas del campo de la educación que habría que considerar detenidamente para adelantar más adecuadamente el proceso de formación de nuestros estudiantes de una forma que signifique la valoración e incorporación de este proyecto crítico de los estudios culturales en su agenda y práctica profesional. Esto es un reto descomunal porque gran parte de los estudiantes que llegan a los programas de maestría en estudios culturales existentes en el país lo hacen por razones muy distintas a las que se encuentran identificados con un proyecto crítico en general y han identificado en los estudios culturales una posibilidad particular de articularlo. El grueso de nuestros estudiantes provienen de sectores económicamente privilegiados de la sociedad colombiana y muchos de ellos sin explícitas preocupaciones políticas. Asocian estudios culturales con gestión cultural o con los estudios interdisciplinarios y contemporáneos sobre la cultura.

A partir de la institucionalización de los estudios culturales, entonces, se hace cada vez más indispensable un análisis de las prácticas de enseñanza, de los modelos pedagógicos, el currículo (explícito y oculto), los saberes pedagógicos que ocurren en los programas de formación en estudios culturales. Cabe preguntarse, por lo tanto, ¿qué ocurre con el saber que se despliega en tanto práctica de enseñanza en estudios culturales?

Por el otro lado, la relación de los estudios culturales con el campo de la educación se encuentra en la relevancia de las herramientas y conceptualizaciones adelantadas en este campo para potenciar la labor destabilizadora de los estudios culturales en el establecimiento académico dominante. Siguiendo a Gramsci, la hegemonía consiste en una permanente disputa en el terreno de la sociedad civil (mediante lo que denominó guerra de posiciones) por constituir el liderazgo moral, cultural, económico y político de lo que deviene en un bloque histórico. Gramsci refería al carácter educativo del proceso de configuración y disputa de la hegemonía. Desde una perspectiva gramsciana, entonces, hegemonía no se reduce a coerción ni a imposición por la fuerza como suele referirse comúnmente con este término, ni tampoco es algo moralmente perverso que debe ser denunciado y que pertenece naturalmente a las élites. Para Gramsci, al contrario, la lucha política es una lucha por la hegemonía.

Si los estudios culturales buscan desestabilizar el establecimiento académico elitizado colombiano requieren precisamente de pensar su labor en términos de disputa por la hegemonía, y ahí es precisamente donde el campo de la educación y sobre todo de la pedagogía crítica puede ofrecerle a los estudios culturales insumos conceptuales y metodológicos pertinentes. Ahora bien, esta disputa por la hegemonía entendida en gran parte como labor pedagógica no sólo debe ser orientada hacia los colegas en las diferentes áreas de las ciencias sociales y humanidades, sino también con los colegas que se dicen practicantes de los estudios culturales. Esto último es muy importante ya que la noción de los estudios culturales como proyecto intelectual y político crítico no se expresa en gran parte de los docentes y practicantes de los estudios culturales. No son pocos los que se encuentran en estos programas por razones circunstanciales, desconociendo en gran parte las discusiones sobre la especificidad de los estudios culturales y sus implicaciones. La directora de uno de esos programas, por ejemplo, en una charla pública hacía recientemente una historia de los estudios culturales como un desplazamiento de los estudios disciplinares, pasando por los estudios temáticos a los estudios interdisciplinarios suponiendo que la novedad de los estudios culturales radicaba precisamente en esta manera más ‘amplia’ de abordar los problemas.

Hay otro aspecto de la urgencia de los estudios culturales en el contexto colombiano que merece ser considerado, esta vez por fuera del establecimiento académico. Estoy pensando en cómo se entiende la labor intelectual en diferentes procesos organizativos como en el caso de los movimientos sociales articulados en torno a reivindicaciones étnicas, raciales, sexuales y de derechos humanos entre otros. En muchos de estos movimientos la labor intelectual se tiende a circunscribir a una constatación y celebración del discurso político existente desde el que están desplegando su práctica política. No son extraños en estos movimientos actitudes abiertamente anti-teoricistas y anti-academicistas: se argumenta que la teoría y la academia son irrelevantes para su propia práctica, incluso que son una traba porque desconoce el conocimiento de la gente el cual aparecería como más auténtico, profundo y verdadero.⁵

La urgencia de los estudios culturales consiste aquí en la articulación de una labor intelectual que sigue el precepto gramsciano del pesimismo del intelecto, desde el optimismo de la voluntad. Esto significa que hay que comprender en lo concreto y de manera contextual cómo se están amarrando las relaciones de poder y las prácticas significativas, sin concesiones en nombre de lo que a uno le gustaría que fuesen las cosas. Pero esto va de la mano de una identificación y actividad política desplegada más allá del simple ejercicio intelectual. Una labor intelectual orientada por una voluntad política permitiría un auténtico

5 Con el posicionamiento en el país de una academia cada vez más elitizada e irrelevante políticamente y la consecuente consolidación de una especie de nobleza académica, es entendible que desde los movimientos sociales se mire con recelo las esporádicas intromisiones de académicos que con un estilo pontificante y arrogante les indican sus errores y lo que deberían hacer.

diálogo con procesos organizativos de diversa índole. Cabe aclarar, sin embargo, que éste no es el único ámbito en el que se despliega la vocación política de los estudios culturales. Las disputas en el establecimiento académico antes indicadas es otro, pero también se puede identificar las políticas estatales, los programas de las Ongs o las actividades empresariales como posibles terrenos de articulación de urgencias de unos estudios culturales que pongan en evidencia la filigrana de las más variadas prácticas de gubernamentalización que parecen pasar inadvertidas para el grueso de los académicos y expertos.

Nuevamente, las herramientas y conceptualizaciones derivadas de los estudios críticos de la educación, apuntalarían y potenciarían la intervención de los estudios culturales en el ámbito de los procesos organizativos. Y esto no solamente en el sentido de ‘enseñar’ lo que una labor intelectual situada permite comprender, sino también en cuanto hay una dimensión pedagógica en el trabajo intelectual mismo tendiente a la comprensión.

Reflexiones finales

Colonialidad del saber es un concepto que se ha elaborado desde una red de académicos latinoamericanos, situados tanto en América Latina como en los Estados Unidos. El término se ha derivado del de colonialidad del poder sugerido por el sociólogo peruano Aníbal Quijano hace unos veinte años. Una de las distinciones más interesantes sugeridas, ha sido la distinción entre colonialismo y colonialidad. La colonialidad sería la lógica que subyace al colonialismo, pero que se mantendría incluso hasta nuestros días, ya que se concibe como el lado oscuro e inmanente de la modernidad.⁶ La colonialidad del saber refiere a la dimensión epistémica de la colonialidad del poder. La colonialidad del saber es constituida por un patrón de clasificación y jerarquización global de los conocimientos, donde unos aparecen como la encarnación misma del conocimiento verdadero y que es más adecuado, mientras que otros conocimientos son expropiados, inferiorizados y silenciados.

Retomando esta inspiradora conceptualización, me gustaría cerrar esta ponencia con la pregunta tanto para el proyecto intelectual y político de los estudios culturales como para los estudios críticos de la educación sobre esta dimensión epistémica de la colonialidad del poder. Esto es, ¿hasta dónde en estos dos campos se están reproduciendo o confrontando los efectos estructurantes de la colonialidad del saber? ¿estamos examinando con la suficiente densidad las prácticas concretas que ambos campos agencian desde esta radical perspectiva de la diferencia colonial?

6 Para ampliar estos conceptos, así como las fuentes y algunas de las críticas adelantadas a esta corriente conocida como proyecto decolonial o grupo de la modernidad/colonialidad, ver Restrepo y Rojas (2010).

Referencias bibliográficas

Fals Borda, Orlando 1987. *Ciencia propia y colonialismo intelectual : los nuevos rumbos*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Grossberg, Lawrence. 2010. *Estudios culturales. Teoría, política y práctica*. Valencia: Letra Capital.

Hall, Stuart. 2007. "Epilogue: through the prism of an intellectual life". *Brian Meeks (ed.), Culture, Politics, Race and Diaspora*. pp. 269-291. Kingston: Ian Randle Publishers.

_____. [1992] 2010. "Estudios culturales y sus legados teóricos". En: *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 51-71. Bogotá-Quito-Lima: Envión Editores-Instituto Pensar-Universidad Andina-IEP.

_____. [1990] 2010. "Identidad cultural y diáspora". En: Stuart Hall, *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 349-462. Popayán-Lima-Quito: Envión Editores-IEP- Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar.

_____. 2009. El corazón de los estudios culturales. *Tabula Rasa* (10): 13-48.

Mato, Daniel 2002. "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder". En: Daniel Mato (ed.), *Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder*. pp. 21-43 Caracas: CLACSO.

Restrepo, Eduardo y Axel Rojas. 2010. *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y críticas*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Richard, Nelly. 2001. "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana" En Mato, Daniel (ed.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. pp. 185-199 Buenos Aires: Clacso.

Trouillot, Michel-Rolph. 2003. *Global Transformations. Anthropology and the Modern World*. New York: Palgrave Macmillan.

Walsh, Catherine, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez. 2002. *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar-Ediciones Abya-Yala.